

LISELLA

(Gracias a Laura).

Lisella, la ciudad de las personas felices, decía el anuncio. No había oído hablar de este lugar antes. Elegí el amanecer para llegar, sabiendo que si me quedaba a vivir allí, tendría que dejar atrás mi anterior vida: segundo piso en el centro con un sofá y una copia de un Monet en el portal y ascensor, puesto de supervisor de ventas en una multinacional alemana, el paseo a la panadería y al quiosco, la plaza de garaje, los amigos de los jueves por la noche en el pub irlandés.

Tenía entendido que había que pasar una criba, una serie de preguntas aparentemente sin importancia, para saber si uno merecía la ciudadanía.

Cuando me acercaba al puntito que señalaba el mapa, levanté la cabeza y vi un cartel: *Bienvenido a (pon tu nombre aquí)*.

No eran edificios de diez plantas lo que me esperaban, ni plazas adornadas con vegetación, monumentos, catedrales, puentes, paradas de autobús, semáforos. Estaba atravesando lo que parecía ser un pequeño pueblo, con casas austeras dispersas por un amplio páramo, y me desanimé porque comprendí que iba sin rumbo.

Otro cartel me iluminó: ¿Eres nuevo? Párate dentro de cien metros.

Lo hice. Supuse que era allí donde sufriría el interrogatorio. Me había preparado algunas respuestas a conciencia, para poder hablar de forma automática, como cuando uno tecldea el pin de su teléfono móvil, o parpadea dos veces cada quince segundos.

Paré el coche, y el silencio me aturdió. No era la idea que me había hecho sobre Lisella. Pensé que sería una urbe agitada, festiva. Sin embargo, las cuatro casas mal contadas parecían constituir una especie de plaza central.

Llamé a la puerta. La abrió un hombre que me invitó a pasar con tranquilidad.

Nuevo, ¿verdad?

Sí.

Siéntate.

¿Dónde?

Miré por toda la habitación y no había apenas muebles, sino cuadros y pósters de todo tipo. Lo mismo podías ver uno de Marilyn Monroe que de un paisaje invernal.

En el suelo. Ahí hay cojines. ¿Quieres zumo caliente?

¿Zumo caliente?

Sí, con este frío... lo mejor es un buen vaso de zumo de naranja caliente. Ahora te lo traerá alguien. Es que estamos celebrando que mi hijo ha plantado un árbol. Hacía mucho tiempo que quería hacerlo.

¿Es... con usted con quien tengo que hablar?

De usted no, por favor. ¿Qué sentido tiene? Si te quedas, pronto nos trataremos de tú porque nos veremos de vez en cuando. Y si no te quedas, al menos nos tutearemos para que la experiencia te sea más cercana.

De acuerdo.

¿Por qué quieres vivir en Lisella?

Por el anuncio: Lisella, la ciudad de las personas felices.

Ah, aquí viene el zumo caliente.

Un adolescente me lo ofreció, y casi gesticulé, de puro dolor. El vaso estaba ardiendo.

Bueno, te cuento. Te haré unas cuantas preguntas, para ver si estás preparado para vivir aquí. Pero no te preocupes, no son difíciles.

- Vale.
- ¿Qué quieres hacer en la vida?
- Quiero ser feliz, y aportar mi granito de arena para que este mundo sea mejor
- reconozco que me lo aprendí de memoria.
- ¿Mujer, hijos?
- No.

De pronto, el silencio se vio interrumpido por música. El ruido me hacía indicar que en la sala contigua, un grupo de un número indeterminado de personas habían empezado a bailar.

- ¿Crees en alguna religión?
 - No.
 - Y, ¿hay alguna verdad absoluta?
 - No lo creo. Todos tenemos una verdad, pero ninguna es la absoluta.
- Alguien entró, y sin presentarse, se dirigió a mi interlocutor.
- ¡Eh, Rey del Mundo Mundial! ¡Que tu hijo ha plantado un árbol! ¿Dónde están todos?
 - ¡Buenos días, Hombre más Gracioso de la Tierra! Pasa ahí, que estoy con un nuevo.

El hombre se despidió con la mano antes de irse a la otra habitación.

¿Qué esperas encontrar en Lisella? siguió el hombre, que sonreía por todo, como si todo fuese divertido y especialmente disfrutable.

Quiero una vida tranquila y plena, alejado de la mediocridad que la ciudad me propone en mi rutina.

- Muy bien.
- No me ha preguntado el nombre.
- ¿Qué nombre quieres tener?

Pensé por un momento.

- Alan Rickman.
- Ah, como el actor.
- Sí.

Muy bien, Alan Rickman. Te contaré un chiste: es un padre que está con su hijo pequeño. El hijo pequeño señala un aparato de aire acondicionado, y le pregunta a su padre: ¿es un árbol? Y el padre, corrigiéndole tiernamente, le responde: No, es un tenedor.

Dicho esto, se puso a reír sin parar, dejando de lado el autocontrol y tirándose al suelo. Pensé durante unos segundos. ¿Qué es lo apropiado? ¿Reírse o no reírse? Si le río la gracia, creerá que lo he hecho por darle el gusto, pero puede achacarme mi falta de libertad. Si no le río la gracia, no entraría en su espiral de humor absurdo. Finalmente, me acordé de una anécdota familiar, y me reí.

El hombre, dejó de reír pasado un minuto, y volvió a la entrevista.

De acuerdo, Alan Rickman logró decirme, mientras se secaba las lágrimas con su camiseta de color verde fosforito . Déjame aquí tu nombre y tu teléfono, para que te podamos llamar si resultas elegido.

Han pasado meses desde aquello, y aún no comprendo por qué no pasé la prueba.

Luisfer Romero Calero

SIN TÍTULO

Apenas puso un pie en tierra, lo supo. Ni las altas torres, ni las sinuosas serpientes de asfalto de Londres podrían hacer nada. Sí, había cafés, perfumerías, enormes letreros de luz y pantallas de televisión que hacían posible lo inimaginable; pero el paraíso del hombre no quedaba cerca de ninguna parada de autobús, ni de los viejos museos, ni mucho menos de las colas en las tiendas. Así que John Clayton III, su padre, estaba en lo cierto. El viejo Tarzán nunca se equivocaba. Compró un billete de vuelta a casa y esperó sentado en el hall de la terminal de salida.

Pablo Buentes Rodríguez

CALAIS LONDRES

El tren de Dover llegó a la estación de Londres cuando faltaba poco para las diez. Tarde, como siempre. Maurice Marchand y su esposa, Marguerite, descendieron del último vagón con los pocos bultos que portaban consigo y pasearon una mirada inquieta por el andén repleto de sombras fugaces que surgían de entre la espesa nube de vapor. Se encapotaron con unas caperuzas negras para resguardarse de la lluvia que lagrimeaba por los resquicios del techo y las paredes y se mezclaron con la muchedumbre de fantasmas que se escurría hacia la salida entre jirones de neblina.

Caminaban con paso inseguro, agarrados de la mano, procurando no extraviarse entre aquel runrún impenetrable que resonaba en la estación. Al bajar del vagón habían oído un par de palabras en francés al vuelo, *cette nuit, maison, demain*, pero enseguida todo fue un gran babel indescifrable y les invadió un terrible desconsuelo y se apretaron las manos sin dejar de mirar al frente. Sabían que eso era cuanto les quedaba por delante.

Al fin, entre el vapor ya disperso, vislumbraron el arco enorme de la entrada. Miraron aquí y allí, pero no encontraron al hombre que esperaban. Maurice se palpó nervioso la chaqueta y los pantalones. Con las prisas había olvidado sobre la mesa de la cocina una cajetilla de Gauloises que aún estaba por la mitad. Se rebuscó en los bolsillos y, cuando consiguió reunir unos cuantos francos, se dirigió a la ventanilla de un estanco que había atisbado entre el bosque de cabezas danzantes. Repasó las cajetillas que había en el estante. No había Gauloises. Con desagrado, señaló una de color rojo que alguna vez había visto en la taberna del pueblo. "*Combien ça coûte?*". El estancero lo contempló extrañado. Maurice abrió la mano y le puso delante las monedas. El estancero las examinó entornando un poco los ojos y empezó a negar con la cabeza mientras decía algo incomprensible. Maurice se guardó el dinero, hizo un vago gesto con la mano y se retiró, cabizbajo y sin tabaco, con su esposa.

Un hombre con bombín y levita negros los miraba desde debajo de un paraguas, en la puerta de la estación y se aproximó sonriente. No dijo nada, ni siquiera les preguntó quiénes eran. Sólo les saludó con la cabeza, cogió sus bultos y enseguida partieron en un coche. El hombre condujo deprisa por las calles empedradas del centro de Londres. Marguerite miró por la ventana, asustada por los tumbos del automóvil, pero no pudo ver más que algunas luces que brillaban leves y fugaces nubladas por una cortina de agua. Desde algún lugar cercano, con parsimonia, una campana repicó diez veces.

El coche se detuvo ante una casa de fachada oscura. El chófer se apeó, descargó los bultos y entró en el vestíbulo. Desde el vehículo, Maurice y Marguerite oyeron un parloteo breve y extraño amortiguado por el repique de la lluvia en la chapa. Luego la conversación cesó y se sobresaltaron cuando el conductor les abrió la puerta y sonriente los invitó a entrar en la casa.

En el vestíbulo había otro hombre orondo y de largos bigotes rubios y cara rosada que les sonreía y saludaba con cortesía. Les hablaba palabras que adivinaban amables aunque a ellos les sonaban terribles como una profecía del demonio. El cochero los acompañó a una habitación en el piso de arriba y allí los dejó solos. Mientras se despojaban de las capas empapadas aún oyeron charlar a los dos hombres en el vestíbulo. Enseguida el coche se alejó con un estruendo que se perdió en la calle estrecha y luego sólo fue el runrún de la lluvia en el tejado.

Marguerite se dejó caer en la cama y comenzó a llorar con la cara apoyada en la almohada. Maurice quiso decirle algo pero no encontró palabras. Se sentó en una silla desvencijada y miró a un rincón de la minúscula habitación. Junto a la lámpara moribunda había una vieja radio. Alargó la mano para prenderla, con el gesto abatido de saber que no iba a escuchar más que ese extraño galimatías insondable que les había perseguido desde que pisaron el andén de la estación y que ya no era sino todo su mañana.

Los palos de la silla crujieron cuando Maurice se incorporó de golpe y se volvió hacia su esposa. Marguerite había dejado de llorar y miraba ya a su marido, ya al transistor, con la sorpresa en los ojos enrojecidos. A través del altavoz, entre algunas interferencias, la voz clara del general De Gaulle repetía firme y entusiasta, pertinaz como la lluvia en el cristal del tragaluz: *“Résistance, résistance, résistance”*.

Jesús Rodríguez González

DEBAJO DEL LIMONERO

Me he sentado debajo de un limonero. Me asombro una vez más de la rugosidad amarilla de sus frutos. El suelo está aún húmedo de la lluvia de esta mañana, cuando llegué a la ciudad. Han sido días larguísimos en un autobús maloliente. En el autobús he conocido a S., otra chica que también venía a la ciudad, y hemos hablado de nuestras familias, y de nuestra infancia, y de nuestras esperanzas, y después ya no teníamos nada más de lo que hablar. Hemos quedado en vernos dentro de unos días para darnos nuestros números de teléfono y no perder el contacto. Me pregunto de qué hablaría con ella por teléfono. De todas formas, tendré que hablar con R. para solucionarlo. R. es mi contacto en esta ciudad. Tiene casi cuarenta años, creo, la cara picada, fuma a todas horas y su pelo está empezando a teñirse de blanco. Le he conocido hoy. Yo había hablado algunas veces con él antes de salir del país, pero jamás le había visto. Él lleva aquí bastantes años, y por lo que me contó hace como de punto de encuentro entre diferentes personas que llegan aquí como yo, con nada de dinero y sin saber el idioma. Tiene cara de estar enfadado todo el tiempo, y parece que siempre llevara prisa.

Ha empezado a soplar el viento y hace frío. Es un frío más leve que el de V., la ciudad de donde vengo, pero diría que cala más rápido. Menos mal que R. me ha dado tabaco. Busco uno en el bolso y lo enciendo. ‘Fumar puede matar’, pone en un letrerito en el paquete. No conozco la marca, ni sé qué significa. El bolso se ha mojado también de estar en el suelo y me ha manchado la minifalda blanca. Es casi la única ropa que he traído a la ciudad, pero R. me ha dicho que a lo largo de los próximos días se hará cargo de todas esas cosas. Se ha hecho noche cerrada y tengo hambre. No veo ningún bar cerca, y de todas formas tampoco tengo dinero. En cuanto se acaba el cigarro me enciendo otro. Miro el reloj: las diez. R. me ha dicho que volverá a por mí a las cinco.

Pienso en mi madre ahora. Sólo consigo recordarla mirándome con pena antes de irme. No la había visto muchas veces tan triste. Mi padre ni siquiera quiso despedirse de mí. Sólo se quedó allí, dándome la espalda y refunfuñando. Lo habíamos hablado muchas veces antes, pero siempre se había negado a escuchar. Para él, uno debe quedarse en el lugar al que pertenece y vivir allí como pueda, como el árbol hinca sus raíces en la tierra a pesar de todo y se mantiene en pie aunque le acose la muerte. Yo decidí huir. Le prometí a mamá que volvería pronto.

Lo que dejé atrás no importa. En realidad, tampoco importa lo que me espera. Mientras conversaba con S. me daba cuenta de que en realidad, de vez en cuando, la vida te daba un golpe y te arrastraba sin poder evitarlo. Era como ser llevado por la marea. Simplemente no podías hacer otra cosa. Aquello estaba en tu cabeza y no podías evitarlo. Y te arrastraba, y te arrastrabas. Así llegué yo aquí. R. también parece tener la misma impresión. No lo he hablado con él, claro, pero lo veo en sus ojos. Ha visto a demasiada gente golpeada, y tal vez ha golpeado a demasiada gente. Me miraba con cierta pena él también a los ojos, como mi madre. Luego me dijo una frase que también solía decir mi padre: ‘uno tiene que hacer lo que tiene que hacer’.

Hace cada vez más frío y el tabaco se me está acabando rápido. R. me ha prometido que podrá conseguirme algo de cocaína para mañana. Al levantarme me he golpeado la cabeza con un limón. Por alguna razón he creído que me daría suerte y lo he guardado en el bolso. En realidad creo que echo de menos a S. Unas pocas de las farolas de esta calle se han apagado de repente, y las luces de los coches me deslumbran al pasar. Me miran inquisitivos. Frenan un poco y me miran fijamente y luego continúan. Me he pasado la mano por el culo; de sentarme en el suelo se me ha mojado la falda, y seguro que está sucia. Espero que R. pueda hacerse cargo mañana de esto. Lo único que me ha enseñado en el idioma de aquí es una frase: 'quince chupa, treinta completo'. No sé qué significa, pero supongo que lo averiguaré pronto. Un coche ha parado a mi lado. Sigo teniendo hambre. R. me ha dicho que si sigo en la ciudad en primavera, me llevará a ver una cosa llamada 'jacarandas' que me va a encantar.

FIN

Juan José Fernández Cerero